

Capítulo LI.

La primera colonia.

El tiempo es un gran consejero.

Al día siguiente, Colón, sus capitanes y hasta el mismo padre Boil, y los demás eclesiásticos que le acompañaban, opinaron de muy distinto modo que la víspera.

Ya no había duda de que las huestes de Guacanjari y hasta el mismo rey eran hostiles á los europeos.

La soledad en que se hallaba su territorio demostraba claramente que precedidos de su rey se habían refugiado los indios en las montañas, y en este caso, siéndoles enteramente desconocido el terreno, y no contando con fuerzas suficientes para luchar con millares de indios, aguerridos todos y de-

fensores de su independencia, salir á su encuentro, buscarlos, era lo mismo que buscar la tumba sin que quedara nombre para su gloria, porque todos, absolutamente todos perecerían, y no podría saberse nunca la nueva de su desastre.

Ojeda y Gorbalañ, otro de los capitanes más audaces que iban á las órdenes de Colón, deseaban salir al mando de pequeños destacamentos á explorar el terreno, á acercarse todo lo más posible á los parajes en donde se habían refugiado los indios, para poder saber á qué atenerse y tomar un partido decisivo.

—La reflexion,—exclamó el almirante,—aconseja que antes de entrar en guerra con los indios adoptemos medidas para evitar los peligros que nos amenazan.

Hemos venido resueltos á establecer una colonia: establezcámosla primero, busquemos el reposo que necesitamos para reparar las fuerzas que hemos perdido en tan largo viaje; construyamos casas que puedan servirnos en un momento dado de fortalezas, y cuando lleguemos, por decirlo así, al centro de operaciones, al punto de refugio, podremos ir poco á poco extendiendo nuestra influencia y poderío, contando, para que nos ayuden, con algunos indios, á los que, á fuerza de agasajos y dádivas, podremos poner de nuestra parte.

El padre Boil, que con tanto calor había aconsejado la guerra cuando tenía probabilidades de triunfo, en aquella ocasión, temeroso de sufrir los

azares de la lucha, fué uno de los más ardientes sostenedores de la opinion del almirante.

—Hemos sufrido mucho,—decia,—despues de las penalidades del viaje; hemos hallado ruinas donde pensábamos encontrar una fortaleza, y solo hemos visto los cadáveres de nuestros compañeros, de quienes esperábamos noticias importantes acerca de las condiciones de este territorio. No es aquí donde nos sonríe la fortuna. Tal vez en otras islas nos favorezca mejor.

Este deseo estaba en el ánimo de todos los navegantes.

El silencio, la soledad, la tristeza que reinaba en los dominios de Guacanajari, habian infundido un profundo desaliento en todos ellos, y los más supersticiosos, los más fanáticos, veian en todo lo que les pasaba un aviso del cielo para que huyesen cuanto ántes de aquella isla maldita.

La idea de regresar á España se escapó de los lábios de Américo Vespucio, y no faltó quien la acogiera con entusiasmo.

Pero ninguno se atrevia á formularla en alta voz.

Colon comprendió en vista del estado en que se hallaban sus compañeros que necesitaba á toda costa ponerse en movimiento y recrear su vista con nuevos paisajes, proporcionando nuevas esperanzas á su abatido espíritu.

Para que se alejasen de aquella costa habia tambien otros motivos muy poderosos.

La tierra era mal sana.

Habian buscado piedras para edificar y no las habian hallado.

Se exponian, pues, á padecer enfermedades y á carecer de abrigo.

La necesidad de establecer colonia era muy apremiante.

Todos estaban ya cansados de la vida á bordo.

Los animales mismos que habian llevado se morian poco á poco, y los que vivian parecian haber perdido todas sus fuerzas.

Aquel mismo dia resolvió Colon que partiesen las carabelas en distintas direcciones encargando á sus capitanes que, visitando todos los puertos próximos, viniesen á decirle el resultado de sus exploraciones con el objeto de designar un paraje á propósito para la fundacion de la colonia.

Cómo Colon creia más conveniente la paz que la guerra, les encargó tambien que averiguasen el paradero de Guacanajari, que tratasen con afabilidad á los indios, que les colmasen de agasajos, porque solo en el último momento le convenia recurrir á la fuerza.

Partieron las embarcaciones y al dia siguiente regresaron, trasladándose á bordo de la carabela capitana sus jefes para noticiar á Colon el resultado de su viaje.

Sus exploraciones habian sido infructuosas.

Habian hallado caudalosos rios, abrigados puertos, pero en todas partes la tierra era pantanosa y

no se veían piedras, tan necesarias para la fabricación de las casas que debían levantar.

El país estaba desierto.

Los indios rezagados huían hacia los montes al aproximarse á la costa los buques.

Todo indicaba en ellos un inmenso terror.

Melchor Maldonado se encaminó hacia el Oriente y fué el que más se alejó y llegó hasta el dominio de un cacique que, al ver la carabela, corrió á la costa en actitud amenazadora al frente de sus guerreros resuelto al parecer á acometerlos si tocaban en tierra.

Dispuso Maldonado, á pesar de las instrucciones pacíficas que llevaba, que los cañones de la carabela arrojasen sobre aquella masa de guerreros algunas balas de piedra.

Al oír el primer disparo corrieron todos precipitadamente á refugiarse en los bosques, y entonces algunos españoles se acercaron á la orilla en el bote de la carabela.

Oculto en una choza vieron á un indio que estaba herido todavía de un lanzazo que había recibido en el combate contra los habitantes de la fortaleza de la Navidad.

Fué conducido á la carabela, y presentado después por Maldonado al almirante, el cual le interrogó, informándose por él de las verdaderas causas de la lucha entre los indios y los europeos, y de que la actitud favorable á estos que había tomado Guacanjari era otra prueba más de que el monarca haitiano había sido leal á sus juramentos.

A bordo se le prodigaron toda clase de auxilios para curar su herida, con el objeto de catequizarle y de que pudiera ser útil á los proyectos de Colón.

Pero aquellos viajes parciales de sus capitanes habían sido inútiles.

Por allí cerca no había un terreno favorable para la fundación de la colonia, y el día 7 de Diciembre resolvió Colón darse á la vela con toda la escuadra para buscar más lejos el lugar que deseaba.

El temporal le obligó á refugiarse en un puerto hacia Levante, separado diez leguas de Monte Christi.

A primera vista agradó á todos el paisaje.

Era un puerto espacioso dominado por una lengua de tierra, á la que protegía un baluarte de rocas por un lado, y por el otro un bosque impenetrable.

Dos ríos caudalosos se extendían por una verde y dilatada llanura, con cómodos remansos que podían facilitar el establecimiento de molinos.

La fertilidad del suelo, las abundantes aguas que por allí corrían, los pescados sabrosos que cogieron en ellas, la suavidad del clima, la vegetación espléndida, á pesar de hallarse en Diciembre, todo les indujo á creer que era un verdadero Paraíso que les ofrecía la naturaleza, con lo necesario para recrear su vista, para alimentar su cuerpo y para defenderse de las agresiones de sus enemigos.

Los indios que iban á bordo y especialmente el que había sido curado, aseguraron que las montañas del Cibao, en donde estaban las minas de oro, se ex-

tendian casi paralelas al puerto y no á mucha distancia.

—Este el mejor sitio que podemos elegir para establecer la colonia,—dijo Colon; —establezcamos aquí nuestros hogares; cuanto más trabajemos, mayores y más pronto serán los resultados que obtengamos.

Los tripulantes recobraron sus abatidas fuerzas.

Todos sentian vivos deseos de trabajar y contribuir á la fundacion de la colonia, y enmedio de gran animacion desembarcaron las tropas y la gente que debia quedar en tierra, con los trabajadores y artifices que habian de construir las casas.

Asimismo fueron trasportados á tierra los víveres, las municiones, los cañones, los animales y las aves, y una inmensa alegría se apoderó de todos al librarse de la prision en que habian vivido en los buques, al cambiar aquella estrecha morada por las verdes y risueñas praderas que se extendian á su vista, por el aire purísimo y embalsamado que respiraban, y por todo el aspecto de aquel país, sobre el que parecia haber caido la bendicion de Dios.

Formaron una especie de campamento en la llanura, al borde de un lago de cristalinas aguas; y poseidos todos de una fiebre incésante, comenzaron á echar los cimientos en el Nuevo-Mundo de la primer ciudad cristiana.

Capítulo LII.

Nuevas desdichas.

Colon, que no olvidaba los inmensos favores que debia á la reina Isabel, y habia tenido ocasion más que ninguno de apreciar lo que aquella mujer sublime valia, en honor suyo dió el nombre de Isabel á la colonia.

Con auxilio de su estado mayor formó un plano de las calles y plazas que deberia tener la ciudad; y una vez tiradas la líneas y reunidos los elementos necesarios para la fábrica, comenzaron á levantarse los edificios, entre los cuales se contaba un templo, un almacén y el palacio del almirante.

Estos tres edificios fueron hechos de piedra.

Las casas se fabricaron con madera, mezcla, cañas y otros materiales parecidos.

Era necesario cuanto antes librar de la intemperie